

Fernando Ortiz

EL ENGAÑO DE LAS RAZAS

*Edición de José Antonio González Alcantud*

GRANADA

2 0 2 2

COLECCIÓN ARCHIVUM



© FERNANDO ORTIZ

© FUNDACIÓN FERNANDO ORTIZ, LA HABANA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

ISBN: 978-84-338-7006-3

Depósito legal: Gr./922-2022

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

PREÁMBULO. <i>Fernando Ortiz: una obra de fundación</i> . . . . .	9
MIGUEL BARNET	
<i>Controversias sobre la el hispanoamericanismo, el panhispanismo y la hispanidad. Las visiones de Fernando Ortiz y Rafael Altamira.</i> . . . . .	13
IRIS LAUREIRO RAMÍREZ & MELY DEL ROSARIO GONZÁLEZ	
<i>El fantasma de la raza y los racismos.</i> . . . . .	33
JOSÉ ANTONIO MATOS ARÉVALO	
<i>El racismo tras la Segunda Guerra Mundial y el paradigma de las «razas del alma» en Fernando Ortiz.</i> . . . . .	45
JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD	
<i>El engaño de las razas</i> . . . . .	69
FERNANDO ORTIZ	

---

---

Preámbulo  
FERNANDO ORTIZ: UNA OBRA DE FUNDACIÓN

MIGUEL BARNET

*Presidente de la Fundación Fernando Ortiz (Cuba)*<sup>1</sup>

Fernando Ortiz y Fernández nació el 16 de julio de 1881 en La Habana, en la esquina de San Rafael y Lucena, y murió en su casa de L y 27, en el Vedado, el 10 de abril de 1969. Cuando al día siguiente en la Necrópolis de Colón vi el sarcófago con el cuerpo del sabio cubano descender hacia una insondable sepultura, me dije: ahí se va el más grande de los científicos sociales de la Cuba del siglo xx. Estaba seguro de que mi generación y las dos generaciones anteriores quedaban huérfanas para siempre. La tierra lo acogió porque él se alimentó de ella, haciéndola brotar en todas las manifestaciones de su rica diversidad, la que él descubrió desde su óptica cóncava y proteica.

Él fue el primero en desentrañar la compleja madeja de la idiosincrasia del cubano. Y definió la cubanía como la vocación de ser cubano y la cubanidad como argamasa etnográfica de esa cubanía. Cuba fue su única gran obsesión. Y afirmó tempranamente que Cuba sin el negro no sería Cuba. Por eso quiso iniciar su carrera profesional indagando en el hampa afrocubana o lo que también se puede definir como La Mala Vida de las periferias habaneras, siguiendo las pautas trazadas por José Antonio Saco y Miguel de Carrión. Inspirado en las tesis de Enrico Ferri y Cesare Lombroso, elaboró sus tesis criminológicas y frenológicas en su texto primario *Los negros brujos* de 1906; y luego empleó por primera vez en el siglo xx el concepto de afrocubano en 1910 en sus trabajos *Las rebeliones de los afrocubanos* y *Los cabildos afrocubanos*. Ya en 1847 Antonio Veitía había empleado el término afrocubano con connotaciones racistas mientras que Ortiz le daba un sentido puramente cultural a un concepto que aún hoy es polémico. En 1910 publicó *Los negros esclavos*, con una visión positivista de los hechos históricos relacionados con la esclavitud y la trata mercantil esclavista. En mi opinión aquí radica el punto de despegue investigativo del genio orticiano. Ya en Menorca había escrito su opúsculo *Mal Noms*, sobre los apodos que escuchó a sus condis-

1. Publicado previamente en *Granma*, 16 de julio de 2019.

cíbulos en la escuela menorquina y luego *Príncipe y Protes*; ambos textos iniciales fueron publicados por la Fundación Fernando Ortiz en los años 90.

En resumidas cuentas su obra, desde el principio, despuntó hacia el horizonte de lo patrimonial. Esa fue una constante en sus inquietudes como intelectual identificado con la cultura popular. Porque su obra es, sin lugar a duda, una obra de fundación basada en las raíces ignotas y escamoteadas de la realidad nacional y de sus contextos sociohistóricos. Así comenzó a aplicar una metódica que lo emparentaba con la sociología de la escuela de Chicago y con las lecciones recibidas de su maestro de España, Sales y Ferré. Esto lo llevó a lo largo de su vida a obtener una visión integral de los fenómenos estudiados, asimismo un enfoque entre el todo y las partes sin que se inscribiera en el funcionalismo de moda o en ninguna otra escuela antropológica. Su humanismo, profundamente dialéctico, lo condujo a una concepción holística de la cultura.

La categoría de transculturación, esencialmente sociológica, así como su concepto dinámico de la cultura lo convierten en un novedoso forjador de las ciencias sociales contemporáneas. Se negó siempre a expresarse en términos absolutos. A su vez, se alejó de un positivismo radical para convertirse en un seguidor fiel del electivismo cubano. Fue integrador, revalorizador, y pionero de los estudios afrocubanos, lo que lo distinguió, con mucho, de la mayor parte de sus colegas.

«Un pueblo que se niega a sí mismo está en trance de suicidio», escribió en el prólogo a los *Cuentos negros de Cuba*, de Lydia Cabrera. Muchos han sido los aportes de su obra a la cultura cubana, pero ninguno más importante que el del rescate y la revalorización del legado africano a Cuba. Su obra etnográfica cubre una zona tan vasta y diversa de la cultura cubana que es imposible resumirla en unas líneas. En todas descuella el investigador original, arriesgado a costa de los más profundos abismos, documentado y agudo en sus percepciones. Su sabiduría, al decir de Alfonso Reyes, es «válida tanto en el concepto humanista como en el humano». Afirmó junto a José Martí que no hay raza pura, pues todos los seres humanos sin excepción son mestizos de incontables cruzamientos. «La esencia de todo lo mestizo de las ideas engendra en los abrazos de las culturas del mundo», expresó.

En su texto *La reconquista de América: reflexiones sobre el Prehispanismo* y su colección de ensayos *Entre cubanos: psicología tropical*, de 1913, el joven intelectual, con bríos renovados por su encuentro definitivo con la patria, elaboró el primer proyecto político moderno que la naciente república ofrecía en los años en que Cuba emergía de la guerra contra España y de dos intervenciones norteamericanas. Esa línea de inquietudes se refleja en su discurso programático *La decadencia cubana*, que leyó en la Sociedad Económica Amigos del País.

Pero es con la publicación del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* que Fernando Ortiz, en 1940, sienta cátedra universal en las ciencias sociales. Esta obra reveladora del talento personal, científico y literario de Ortiz fue pionera en los estudios socioeconómicos del continente. Metáfora elaborada con sapiencia

y hondo calado, el *Contrapunteo...* apunta sobre los orígenes y las causas de la economía dependiente de la Isla y sus vertientes políticas, mostrando una imaginación sociológica digna de los postulados de Wright Mills y Lévi-Strauss. Anticipándose a ambos, Ortiz expone la historia de estos productos en un contrapunteo que supera cualquier valoración precedente. El azúcar foránea y nociva y el tabaco autóctono, emancipador y afrodisíaco. «Cuba no sería en verdad independiente», escribe, «sin que se libre de esa retorcida sierpe de la economía colonial que se nutre de sus campos, pero estrangula a sus gentes y se enrosca en la palma de nuestro escudo republicano, convirtiéndolo en un signo del dólar extranjero».

Asistir, por tanto, a la lectura del *Contrapunteo...*, es un reto intelectual y a su vez una experiencia de carga ideológica que complica y niega aproximaciones esquemáticas preconcebidas. Bronislaw Malinowski, con vena volteriana, le otorga especial valor a esta obra monumental del sabio cubano. No voy a adelantarme aquí a descripciones o valoraciones que ustedes ya conocen. Su obra científica no se limitó al rico arsenal de libros que escribió y que son imagen viva de Cuba, de la Cuba profunda y misteriosa. Él develó los secretos de la africanía y su hechizante mundo místico y estético. Ahí están ellos esperando por el lector joven que los descubra. Verá cuánto valen, cuánto enseñan y cuánto iluminan. Además de eso, y ahí me voy a detener, fue pivote de movimientos sociales y artísticos de la República. Eje del movimiento Minorista, de la Reforma Universitaria y del rescate del libro cubano. Creador de múltiples instituciones como la Sociedad de Folklore Cubano y la de Estudios Afrocubanos, y revistas que ya son clásicos de nuestra bibliografía, gestadas con prominentes figuras como José María Chacón y Calvo y Emilio Roig de Leuchsenring. Impulsa y preside por un tiempo la Sociedad Económica Amigos del País, donde crea la Institución Hispano Cubana de Cultura que vive dos intensos periodos de activismo cultural. En 1926, y conjuntamente con su viejo amigo Chacón y Calvo, funda la Academia Cubana de la Lengua. Hace patente su fecunda labor en todas estas instituciones mientras asiste a conferencias y congresos internacionales.

Moderno, transgresor, consciente y paciente marcó el rumbo para alcanzar eso que Miguel de Unamuno llamó la verosimilitud, mediante una aguda reflexión filosófica y un método transcultural que puso en el festín de los desposeídos los alimentos del espíritu. Unió su vida a la del pueblo cubano y con sus libros levantó puentes de conocimientos que nos hicieron más ricos y consistentes. Y sobre todo, más cercanos a nuestra verdadera identidad.

La cultura es la patria, escribió, y la Patria es la sustancia de la nación. Pocos hombres de letras en periodos tan largos de su vida se consagraron a un ideal humanista como lo hizo Don Fernando Ortiz. Cuando en 1995 se creó la Fundación que lleva su nombre, estábamos rindiéndole homenaje a él y a sus contemporáneos. Hoy el Consejo Nacional de Patrimonio del Ministerio de Cultura declara el conjunto de su obra Patrimonio de la Nación Cubana, para perpetuar la memoria

de quien Juan Marinello sagazmente llamó el Tercer Descubridor y a quien la grey intelectual y el pueblo de Cuba le dio el noble y merecido tratamiento de Don.

Uno de sus más leales secretarios, el poeta y revolucionario Rubén Martínez Villena, escribió en 1923 en el prólogo a su libro *En la tribuna* –manifiesto civil de reparación moral de la sociedad– estas palabras con las que quiero terminar: «Cuando rueden al olvido piadoso los hombres que usaron máscara intelectual o patriótica y eran por dentro lodo y serrín, la figura de Fernando Ortiz, por toda la solidez de su talento y su carácter quedará en pie sobre los viejos escombros y será acogida por la juventud constructora para servir como uno de los pilares maestros sobre los que se asiente la nueva República».

La Fundación que lleva su nombre, y que me honro en presidir, mantiene ese propósito y enarbola el lema que él inmortalizó: «Ciencia, Conciencia y Paciencia».

---

---

CONTROVERSIAS SOBRE LA EL HISPANOAMERICANISMO,  
EL PANHISPANISMO Y LA HISPANIDAD  
LAS VISIONES DE FERNANDO ORTIZ Y RAFAEL ALTAMIRA

IRIS LAUREIRO RAMÍREZ  
*Universidad de Granada*

MELY DEL ROSARIO GONZÁLEZ ARÓSTEGUI  
*Universidad Central Marta Abreu, Las Villas, Cuba*

CUBA. LOS PRIMEROS AÑOS DE UNA REPÚBLICA

Los años que mediaron entre el final de las guerras de independencia en 1898 y la proclamación de la República cubana en 1902 constituyeron una encrucijada entre imperios. El desmontaje de la dominación colonial española en la isla se desarrolló paralelamente a un proyecto de transformación institucional de la sociedad cubana, que seguía el patrón de «modernidad» diseñado por las autoridades norteamericanas durante su intervención. Las aspiraciones básicas de modernidad e independencia que estructuraron el proyecto separatista del siglo XIX, se replantearon de forma diversa en este período histórico, en una constante defensa de la identidad cultural frente al peligro de una nueva dominación.

La intelectualidad cubana de las dos primeras décadas del siglo XX se debatió en un cúmulo de contradicciones. Por una parte la aceptación de la acción política norteamericana en Cuba ante la necesidad de desarrollar un país destruido por la guerra y el enfrentamiento a la injerencia yanqui, y por otra, la dicotomía entre el arraigo a los valores hispanos y el rechazo a la dominación colonial española, que constituye una mediación del proceso de búsqueda de la identidad nacional en este período histórico.

La apertura a la modernidad impone un discurso de regeneracionismo a ambos lados del Atlántico, centrado en la búsqueda y reproducción de la identidad nacional de ambos países. La derrota de España en 1898 significó su salida definitiva como potencia colonial de América, lo cual propició dos corrientes de opinión que acabaron transformando el movimiento hispanoamericanista fundado en las últimas dos décadas del siglo XIX. La ex metrópoli descubre la importancia de América para reencontrar su identidad, mientras que América, en oposición a la política exterior norteamericana se solidariza con ella.

Para entonces, el hispanoamericanismo había evolucionado hacia una forma menos progresista: la panhispanista, que se desarrollaba dentro de un sector del

regeneracionismo español que asumía como una de las líneas principales para la propia regeneración nacional la reconquista espiritual de América. Partiendo de los nuevos métodos del imperialismo moderno, constituye una corriente ideológica que abarca la defensa y expansión de los intereses de España en los pueblos de habla hispana.

Aunque carecía de futuro en América y en Cuba, por entenderse como involución histórica, el panhispanismo fue el argumento que por muchos años defendió la pequeña burguesía más conservadora de la época. A pesar de la irremediable tendencia de este ideal a perecer a nivel continental, la necesidad de arraigarse a lo hispano en Cuba, como elemento de identidad y confrontación a lo norteamericano, llevaba en ocasiones a perder la perspectiva de lo distinto a lo español.

La salida de España del ámbito latinoamericano llevó a que algunos intelectuales, que avizoraban nuevos peligros provenientes de la política injerencista de los Estados Unidos, potenciaran la pertenencia de Cuba a un tronco común, el de la latinidad e hispanidad, de modo que las afinidades con España en cuanto a «raza, lengua y religión» confirmaran una fuerte cultura que se opusiera a lo anglosajón. Por otra parte, la lucha por la identidad cultural después del 98 en Cuba se va a librar en un medio preñado de tensiones y contradicciones entre la secular tradición hispana y el espíritu, odiado y querido a la vez de EEUU, personificando la modernidad necesaria en un ambiente de desastre económico y político. Es por eso que la proyección de la intelectualidad cubana en la coyuntura de entre imperios nos obliga a reflexionar sobre las conexiones –a ratos conflictivas por momentos amorosas– que se establecen en torno a la Isla y su nuevo o antiguo tutor.

En Cuba, la lucha contra la injerencia y la anexión en los primeros años de la República había tenido su presencia en las polémicas surgidas al calor de las contradicciones propias de la situación neocolonial que tenía el país. La permanente obsesión por acercarse a la comprensión de la cubanidad y la cubanía denotan una rebelión del espíritu nacional contra la dominación foránea, rebelión que se expresaba en la forma de enseñar en las escuelas, en el carácter de las publicaciones periódicas, en las distintas manifestaciones del arte y de la literatura y en las agudas polémicas que se desataron alrededor de los problemas nacionales.

En el marco de estos enfrentamientos se desarrolló la polémica conocida por la denominación de las posiciones encontradas: Panhispanismo vs. Panamericanismo, que constituyó una manifestación específica de una polémica más general: la de las razas anglosajona e hispana según convienen en llamarse. No olvidar que el pensamiento cubano de principios de siglo se desarrolla debajo de la lucha entre la supremacía del mundo anglosajón y el decadente mundo español. Esta polémica proporcionó al movimiento intelectual cubano más claridad alrededor de cuestiones vinculadas a las diferencias y las influencias culturales entre Cuba, España y Estados Unidos, para poder penetrar con más conocimiento en el análisis de los límites que debían darse a estas relaciones en el ámbito económico, político y cultural.

Dirigimos la atención en este trabajo hacia el panhispanismo y a cada una de las tendencias que la integran. Entenderlas facilita una mejor valoración de las distintas posiciones que ante ella se asumen en Cuba, y en especial la de Fernando Ortiz, cuyas valoraciones trascendieron por su objetividad y claridad frente a Rafael Altamira, uno de los defensores de la visión panhispanista.

Si bien el Panhispanismo no pudo enraizar en la conciencia histórica como tendencia política sí constituyó un movimiento de importancia cultural para comprender los derroteros del pensamiento cubano en la primera mitad del siglo xx. Para una mejor comprensión de los elementos que le conformaron adelantamos un análisis del movimiento Hispanoamericanista para llegar a su forma Panhispanista.

#### EL MOVIMIENTO HISPANOAMERICANISTA Y SU FORMA PANHISPANISTA

Al iniciar el siglo xx la voracidad territorial de los Estados Unidos y su expansión hacia el sur, establece un estado de alarma entre las potencias colonizadoras. La nueva realidad imperialista se contamina de racismo y su ideología colonialista se expresa en el conflicto entre latinos y anglosajones. Mientras ambas culturas se encuentran en pugna cultural y material, Latinoamérica, sumida en una «minoría de edad» que se fundamenta a ambos lados del Atlántico, se debate en una crisis de identidad permanente.

El conflicto entre latinos y anglosajones suscitado por el expansionismo de estos últimos, se desarrolla en el vasto escenario de las Américas y al decir de Ambrosio Fonet, en el primer tercio del siglo xx, el modelo latino, «asumió en nuestra América (...) tres orientaciones radicalmente diferentes: la que rescataba su oposición al expansionismo yanqui, ahora caracterizado como imperialismo, la que se identificaba con la doctrina Monroe y la que perpetuaba su veta racista, reformulada ahora como ideología de la hispanidad» (Fonet, 2009:60).

Dicho modelo, después de haber servido a Francia desde 1836 para consolidar su propia identidad como nación, no se desprende de un fuerte sentimiento de hegemonía política y superioridad cultural. Ya a mediados del siglo xix el *latinismo* se halla en trance de convertirse en *hispanismo* e intenta renovar las estructuras del viejo régimen y crear un gran fuerte defensivo bajo la tutela española en las colonias y ex colonias de ultramar. Dicho *hispanismo* evoluciona hacia distintas formas desde las últimas décadas del siglo xix, hasta alcanzar su máxima radicalidad en la segunda década del siglo xx.

Los estudios acerca del *Hispanoamericanismo* —como movimiento cultural— provienen fundamentalmente de autores españoles. Las obras consultadas, tanto de la época abordada, como posteriores, difieren en cuanto a su denominación, basándose sobre todo en los fines perseguidos por la metrópoli con sus antiguas colonias. Sin embargo, los intelectuales —contemporáneos o no— que denominan